



Hugo Rodríguez-Alcalá

△▽

El hombre del infierno

*lo vidi certo, ed ancor par ch'io 'l vegga,
un busto senza capo andar...
Inferno, XXVIII, 118-119.*

Desde el balcón del apartamento de Arturo Escalada contemplamos el río Hudson. Seis pisos abajo comienzan a encenderse las luces del Riverside Drive.

-A menudo me asomo a este balcón, y siempre a esta hora -me dice Arturo.- Al atardecer el Hudson es toda una parábola. Al *destroyer* que ves pasar en este instante, aguas arriba, puede suceder un barco de carga de Holanda o del Japón, aguas abajo. Todos los barcos, Martín, se construyen para que naveguen; no todos para que surquen el Hudson.

Esto y otras cosas suelo pensar. Vivo ahora a un kilómetro de ese río que ya me es más familiar que ningún otro; nací en un vaporcito que navegaba el Paraná hace cincuenta años. Al Paraná apenas lo vi una vez, ya hombre, cuando me alejé para siempre de aquella tierra.

Arturo se queda absorto mirando al *destroyer*. El perfil gris se recorta nítidamente contra el crepúsculo. Un minuto después [233] desaparece la proa, primero y, poco a

poco, todo el buque detrás de la fronda que, hacia la derecha, oculta el panorama del Hudson.

-El barco desaparece... -murmura Arturo.

Yo, que hace veinte años que lo vi por última vez antes de este encuentro casual de hoy en Manhattan, lo observo en silencio. Recuerdo no haberlo entendido nunca bien, ni cuando éramos condiscípulos en un colegio destartado, ni en los días del Regimiento. Y menos ahora, que está avejentado y sombrío y que me habla del *destroyer* y de no sé qué parábola. Arturo continúa abstraído un largo minuto. Yo vuelvo los ojos hacia su escritorio que se va haciendo oscuro; veo, sobre su mesa, un busto de Dante; en los anaqueles, centenares de libros que no he leído nunca y unas litografías de figuras atroces en cuyos vidrios se despide el crepúsculo. Son de Doré y hay más de seis, de gran tamaño, según noté al entrar una hora antes.

-Antonio Marino, ¿te acordás de él? -inquire Arturo de pronto.

-Claro -respondo- Murió en 1934 o 35.

-Todo eso que ves allí dentro -me dice- tiene que ver con él; a él le debo la idea...

-¿Qué idea, Arturo?

-La de buscar una explicación, la de aclararme ciertas cosas...

Y entonces Arturo comienza a hablar con animación creciente. Apenas puedo verle la cara y en la cara los ojos cansados en que de [234] vez en cuando se refleja una luz fugaz venida desde abajo. Ha caído la noche y ya no se ve el río. Con voz adiestrada en años de cátedra y, a veces, como si se dirigiera a todo un auditorio y no solo a mí, en este alto balcón en que llegan incesantes los rumores del Drive, me dice:

Desde el momento en que Antonio Marino llegó a nuestro regimiento noté que, más que un hombre raro era un hombre enigma. ¿Qué hacía él en el ejército del Paraguay peleando en una guerra que no le iba ni le venía? Era imposible sonsacarle nada. Al poco tiempo de conocerlo sospeché primero y tuve la convicción después, de que ni siquiera su apellido era el verdadero. Su porte era realmente extraordinario; no me refiero a su estatura, a su complexión atlética sino a todo el aire que envolvía su persona. Vestido con el sucio uniforme de campaña que no se lavaba nunca porque no teníamos agua, en Marino había una elegancia ingénita que a algunos irritaba y a otros imponía sujeción. Él advertía esto y trataba de ser lo más llano posible para que todos se sintieran a gusto en su rededor. Pero a veces se descuidaba, sobre todo si hablando, el tema lo enardecía. A su lado, entonces, nos era patente la distancia enorme que nos separaba de él en todas las cosas, en mundo, en Señorío, en saber. Sus esfuerzos para neutralizar el efecto de aquella abrumadora personalidad, rara vez fallaban. ¡De qué compradora campechanería sabía valerse para salvar aquella distancia y cómo se las arreglaba para conseguir, allá, en aquel desierto, lo que nadie tenía y repartirlo luego entre los amigos como la cosa más natural del mundo!

En lo que se mostraba irreducible hasta la insolencia, cuando se lo presionaba, cuando menudeaban los jarros de caña, era en [235] guardar el misterio de su origen y de su verdadera identidad. Porque ni el más ingenuo tardó en advertir que el Tano Marino, como lo llamábamos no estando él presente, no se llamaba Marino, ni era astrónomo, ni arquitecto, ni pintor, ni médico ni todas las muchas otras cosas que parecía ser con igual competencia y plenitud. Su misma edad resultaba para nosotros un enigma. A veces aparentaba menos de treinta años; mejor dicho, esa era la edad que normalmente aparentaba. Pero había noches y aún días enteros en que tenía la apariencia de un viejo; un viejo distinguido y triste, hercúleo y cansado al mismo tiempo.

Todos lo respetábamos, pero ninguno como yo. Vos mismo, que murmurabas acerca de esa rareza, nunca te atrevías a decirle nada personal cuando estaba presente. Ni siquiera atinabas a tutearlo aunque él sí te tuteaba y hasta te tomaba muy finamente el pelo...

Conmigo él era un poco menos reservado. De noche, cuando los de nuestro grupo se acostaban, Marino prefería quedarse dos o más horas junto al fuego, mateando. Le gustaba el mate. ¿Recordás? Decía que nada mejor había en América que el mate. Yo volví tarde una noche después de un largo patrullaje. Lo encontré cebándose el mate; su ordenanza dormía como un tronco en el suelo. Aunque estaba yo cansado, me senté frente a Marino. Hablamos mucho tiempo.

-Yo creía que eras español cuando te conocí -le dije- por tu manera de hablar.

-Pasé casi toda mi niñez en España -contestó- pero nací en Italia cerca de la frontera con Suiza. [236]

Quedé estupefacto con la insólita revelación. Tuve que hacer un esfuerzo para disimularle mi asombro. Fue el comienzo de nuestra amistad porque esto hubo desde aquella noche entre nosotros: amistad. La confianza estableció una especie de complicidad entre nosotros. Por un momento, pareció inquietarle el impensado cambio de nuestra relación. Le hablé entonces de mi patrullaje, de los prisioneros capturados, de lo terrible que había sido, en plena selva, el duelo con una ametralladora enemiga. Y él me escuchó con profundo, con genuino interés y quiso saber todos los detalles de mi aventura.

Aquella fue la primera de una serie de largas charlas nocturnas. Apenas te ibas vos y se iban los otros -Segur, Guzmán, Peralta- él cambiaba de tono y monologaba. Yo apenas lo interrumpía de vez en cuando para hacer una pregunta o pedir aclaración de algo difícil. Nunca nadie me enseñó tanto. Tenía él necesidad de sacar de sí una increíble cantidad de cosas que sabía y en que pensaba sin descanso. Si por casualidad me atrevía a insinuar que me contara cómo tenía aquellos conocimientos, se sonreía y contestaba con evasivas. No llegué nunca a enterarme qué estudios especializados había cursado. Hablaba de todo menos de sí mismo y me resigné a aceptarlo como era. Renuncié a mi curiosidad. Llegué a conocer muchas de sus obsesiones. Fui un discípulo tan obstinado en aprender lo que él me iba a enseñando como él obstinado en callar lo que callaba. Sus charlas solían dejarme insomne, con una lucidez que duraba a veces hasta el amanecer. A solas, meditaba sus palabras, reconstruía conversaciones enteras. Llegué al fin a descubrir algo que le apasionaba, que era su obsesión fija, su preocupación máxima, trascendiendo todo interés literario o científico: *lo preocupaba el infierno.*

[237]

Fue así:

Un atardecer marchábamos por una picada polvorienta como ninguna; había un gran silencio. A ambos lados de la picada, el bosque inextricable. La luz del poniente tenía no sé qué de amanecer. Eso precisamente recordaba ayer de tardecita, Martín, mirando el crepúsculo sobre las arboledas del Hudson.

Iban delante unos soldados; detrás el resto del batallón. No se oían las pisadas sobre el polvo espeso: sólo el rumor metálico de las armas y de las cantimploras moviéndose al ritmo de la marcha. Marino a mi lado fruncía el entrecejo mirando la luz que, declinando, parecía, como te dije, estar alzándose desde el poniente.

De pronto vimos dos animales de andar elástico y ojos fosforescentes salir del monte sobre la picada. En el acto, tres de los soldados que iban delante les hicieron fuego. Los animales desaparecieron ilesos, creo yo, aunque les tiraron a quemarropa o a quemapiel. La noche cayó en ese instante mismo sobre el eco de los disparos.

Marino se había detenido alzando los brazos; los que venían detrás también se detuvieron: yo había quedado inmobilizado en el sitio desde donde había visto salir las dos sombras elásticas, en el ademán de disparar mi automática. La rapidez del incidente apenas me dio tiempo de sacarla de la pistolera y amartillarla; él, ajeno al lugar y al momento, recitó con una voz magnífica que no le conocía, algo de que apenas pude entonces entender unas palabras. La emoción de esas palabras, de todas las que dijo, me llegó hasta lo más hondo. Hoy, desde hace ya muchos años, las sé de memoria: [238]

Questi pareva, che contra me venesse
con la testa alta, e con rabbiosa fame,
si che pareva che l'aer ne temesse...

Aquella noche, cuando hicimos alto y se sirvió el rancho, Marino, sentado sobre un cajón vacío de proyectiles y con un jarro humeante de cocido en la mano derecha, me habló del León y de la Loba en el camino de la selva oscura.

Vos viniste a sentarte con nosotros; te aburría la teología, me dijiste en guaraní, y te mandaste a mudar al poco rato. Te olvidaste de la cantimplora en que tenías la caña; nosotros la vaciamos en unas horas. Él habló con insuperable hermosura de palabras; yo le escuché hasta quedarme dormido junto al fuego apagado. Al amanecer me despertaron los rumores del rancho; un infinito sonar de cucharas sobre las duras galletas redondas que se partían secamente al impacto del estaño.

Al reanudarla marcha, le dije a Marino que quería aprenderme todo el *Infierno* de memoria. Él no respondió nada ni ese ni los días siguientes cuando volví a insistir sobre mi propósito. Pero cuando acampamos en Algodonal y nuestros ordenanzas levantaron la carpa grande, él se acostó en su catre y, a la luz de la Petromax que brillaba colgando junto a su cabecera, me dijo:

-¿Ves este librito? No estoy autorizado a regalártelo como quisiera; lo estudiaremos todos los días si todavía te interesa saberlo de memoria. Yo te voy a enseñar un método infalible y, en pocas semanas, no tendrás dificultad en repetir lo que aquí está escrito, aunque tengas los ojos vendados...

No me resultó tan eficaz el método como él predijo pero lo asombroso fue que muy pronto el lenguaje de aquel libro me pareció familiar. Tenía la oscura convicción de que lo había hablado antes, como en otra vida de que no me quedara ningún recuerdo preciso aunque de cuya realidad me era difícil dudar. No sé si fueron las fiebres de aquel tiempo las que me hicieron creer aquello. Lo cierto es que a menudo, cuando Marino leía un terceto que yo aún no conocía, me oyó anticiparle palabras o versos enteros. Él se me quedaba mirando fijamente. Yo, tendido en mi catre, convaleciente de mis fiebres, le decía entonces: -Puedo recordar más, pero primero tengo que oír la mitad de un canto...

Terminamos -mejor dicho, terminé- de aprender bien todo el vocabulario del Infierno antes de la última ofensiva de aquella campaña. Pero no sabía bien de memoria todos los cantos, especialmente los del final del Infierno.

Nuestro batallón recibió orden de ocupar una posición que el enemigo había abandonado en el sector del norte. Nos pusimos en marcha a media tarde. Nuestro Comandante tenía instrucciones de no detenerse hasta llegar al paraje que debíamos fortificar.

Durante las primeras horas de marcha Marino y yo conversamos mucho. Yo tenía la imaginación llena de los grabados atroces de su librito, la edición más hermosa que he visto nunca. Recuerdo que al caer la tarde, la luz declinante transfiguraba el paisaje adusto de montes ralos, de enormes cactus y de cañadones sembrados de cadáveres desecados. Los aviones enemigos había bombardeado durante semanas aquellos cañadones y caminos. Todavía los cuervos se posaban sobre los uniformados esqueletos buscando alguna piltrafa entre los huesos. Marino señalaba los árboles desnudos que se erguían a uno y otro lado de la picada y los [240] comparaba con imágenes del librito. Se exaltaba al divisar los cráteres abiertos por las bombas rodeados de cactus erguidos aquí y allí como cruces vegetales que al crecer perdían su forma hasta parecer hombres verdes cubiertos de espinas. Esos cactus decía, eran figuraciones de almas condenadas en aquel infierno por que marchábamos. Nunca estuvo tan elocuente. Yo podía seguirlo en sus alucinaciones porque ya comprendía la alusión menos obvia.

-Mañana es Domingo de Ramos -le dije al verlo callado un largo rato. Es la fecha en que me prometí darte una sorpresa.

-¿Qué sorpresa? -interrogó.

-Recitarte completamente de memoria, el Canto XXVIII.

-¿Por qué el Canto XXVIII? ¿No hay cualquier otro mejor que ése? Me asombró la violencia con que me respondió.

Yo estaba orgulloso de saberme los cuarenta y siete tercetos de ese canto. Tuve para aprenderlo una facilidad sorprendente. Memorice también las copiosas notas que explican y aclaran sus pasajes más oscuros.

Como es posible que no recuerdes de qué trata, te diré algo sobre este terrible canto. En el círculo noveno penan los que siembran disturbios civiles y querellas religiosas; los réprobos allí están atrocemente mutilados. Allí purga su culpa Beltrán de Born, el Trovador de Gasuña que intrigó contra Enrique II de Inglaterra. Al hijo de este rey Beltrán incitó a destronar a su padre.

Dante, en el Canto XXVIII, hacia el final, ve la sombra del trovador, Beltrán de Born lleva en una mano su propia cabeza [241] sosteniéndola de los cabellos. El réprobo avanza hacia el puente desde donde lo contempla el poeta. La cabeza, dice éste, cuelga como una linterna. Cuando llega el trovador al puente, alza el brazo para acercar lo más posible su voz hacia Dante y le pregunta si ha visto castigo igual en el infierno y luego se identifica: Yo soy Beltrán de Born; yo me interpose entre el Rey Enrique y el príncipe su hijo:

«Hijo y padre entre sí tomé crueles...»

Te contaba, Martín, que Marino hubiera preferido otro canto y que me contestó destempladamente. Pero yo no le hice caso y allí mismo, mientras marchábamos, tomé mi cantimplora por la correa como si fuese la cabeza de Beltrán y acercándosela a la cara, le recité, en el original, que es mucho mejor que la versión que te doy:

Cuando del puente al pie llegó terrible,
paró, y el brazo alzó con la cabeza
para acercar su voz lo más posible,
y dijo: «¡Oh, tú, que vivo, la crudeza
de las penas vas viendo de los muertos,
mira sí alguna ves de más fiereza!»

vedi se alcuna è grande come questa!

Marino, entonces me arrancó la cantimplora de la mano y la arrojó furioso contra un cacto.

*** [242]

Anochecía cuando llegamos a nuestro destino. Era un paraje sin árboles ni arbustos en ninguna parte. Había, sí, cráteres de bombas de avión sobre y a los bordes del camino.

Nos tendimos en tierra, exhaustos. Yo me hundí en el sueño como si cayera cabeza abajo por un precipicio, hacia el centro de la tierra. Todos nos dormimos así, como si nos hubiéramos muerto, los centinelas inclusive. Fue aquella noche la víspera del Domingo de Ramos.

Nos despertó una explosión atroz. Temblaba la tierra como en un terremoto. A esta explosión siguió otra más cercana. Y luego otra más. Entonces comprendimos que había aviones en el cielo y que tenían muchas bombas para nosotros. El aire estaba lleno de polvo y no sé de dónde venía una niebla inmensa. Yo recordé uno de los cráteres vistos la noche anterior, a pocos metros de donde había dormido. Y fui hacia él y me tiré de

cabeza porque el zumbido de una bomba me urgió a protegerme sin parar mientes en el golpe. Caí sobre el fondo del cráter en el momento mismo en que una explosión como de diez rayos abría otro cráter aún más grande, cerca. Y fue la última explosión. Miré hacia arriba y no se veía el cielo ni siquiera el sol. Esa niebla de que te hablaba nos cubría todo el desierto paraje. Los aviones revolaban más lejos; sus motores apenas se oían.

Lo que se oía, sí, ahora, era un grito ronco y duro. Creí que era de un solo hombre pero era de muchos. Aunque magullado por el golpe de la caída dentro del cráter, pude salir fuera, al polvo y a la niebla.

Y fue cuando vi, y todavía sigo viendo, un hombre sin cabeza que avanzaba a largos trancos. Avanzaba entre la niebla con los [243] brazos extendidos en cruz. El muñón del cuello le sangraba a borbotones. Pasó el hombre -era alto aunque iba sin cabeza- y sus botas hacían crujir la tierra dura del camino. Pasó a unos metros de mí y desapareció entre la niebla.

Hice enterrar a Marino en el mismo lugar en que descubrimos su cuerpo decapitado. No le encontramos nunca la cabeza. En el bolsillo izquierdo de su guerrera estaba, casi limpio de sangre, el ejemplar de la Divina Comedia, que todavía conservo. Es éste...

La niebla que nos escondió de los aviones, fue un milagro, dijeron los soldados, del Domingo de Ramos. Hoy me tenés aquí, estudiando siempre el libro de Marino en muchas ediciones y comentarios. Y trato de enseñar lo que ese libro dice, a los que no han de saber nunca en esta tierra, lo que es ver pasar, en el Infierno, *un busto senza capo*, un hombre sin cabeza, amigo mío, entre la niebla...

△▽

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

